

LA VIDA LONDINENSE

A César



Nosotras, mi hermana Emma y yo, nacimos justamente al comienzo del fin de la Historia. 1975. 1977.

Crecimos en el gueto del fin de la Historia, en inmuebles con techos de 2,5 metros de altura, casas donde la autopista, como una muralla defensiva, nos separaba de la ciudad y donde los bloques baratos se sucedían por grupos de variaciones nimias.

Las torres tenían siglas asignadas, muros de papel de fumar, suelos de terrazo, paredes empapeladas y más tarde rascadas para plasmar el gotelé, baños alicatados en serie de color verde, sepia o azul, cocinas funcionales y, en todos y cada uno de los salones-comedor, un ojo, ídolo y mascota al que entretener con nuestras miradas, el jefe de la tribu: la televisión. Ondeante y fiel, entrañable como un hogar crepitando en medio del ídem, distrayéndonos diligentemente y con eficacia, haciendo de nosotros un solo hombre, un solo niño que miraba hacia otro lado mientras se desenvolvía a la perfección el engranaje. 625 líneas de imaginación listas para ser consumidas.

Todos fuimos adiestrados para servir y ser servidos por el capital. Para perpetrar convenientemente el fin de la Historia. Para desempeñar al dedillo el programa evolutivo según el cual primero seríamos niños ahistóricos, después adolescentes ahistóricos, más tarde juventones ahistóricos y por fin hombres y mujeres libres y capitalistas.

Deberíamos mover dinero, generarlo para luego gastarlo para después volverlo a obtener. Esa era nuestra misión, bien sencilla. Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se cumplía.

Este es el fondo en el que, como tantos otros, Emma, mi her-

mana menor, y yo nos recortábamos como figuras. Hablo de la Ahistoria, de lo que sucedió justo antes de la destrucción imparable.

Hablo de inmensos descampados urbanizados sin tregua durante lustros y décadas. Hablo de colegios de ladrillo visto levantados en mitad de la nada. Hablo de parques artificiales, de plazas duras y sin sombra, de mercados sin tradición, de hileras de bares asignados por portal casi en proporción 1 a 1.

Hablo de ascensores-ataúd, de barandillas sin dibujos, de cuartos colectivos para bicicletas, de horizontes dibujados por repetidores de alta frecuencia.

Hablo de visitas al zoo, de tardes de domingo en la autopista de camino al campo, de pistas de tenis alquiladas por horas, de piscinas cubiertas con megafonía y eco, de kilos de espaguetis servidos en escudillas metálicas y con compartimentos, de guías de teléfono regaladas puerta por puerta donde, como en un truco de magia, aparecía el nombre de cada familia. Hablo de buzones idénticos con Gómez-García, González-Crespo, Jiménez-Blanco, de tardes completas sentados en un bordillo, de motos robadas, de chabolas en badenes, de casas prefabricadas donadas a gitanos, de vías muertas y charcos gigantes que, como partículas de carbono 14, desmentían el placebo de la Ahistoria para decirnos al oído «Pues no, niños, lo que veis ahora no siempre fue así».

Hablo de limas clavadas en el barro, de botellines comprados a los dieciséis, de excursiones a fábricas de galletas, de autobuses y metros atestados que como un tren correo nos depositaban en lo Otro, lo que no era nuestra zona, el incuestionable Centro Ciudad, donde, sin duda, sucedían, o al menos —así lo atestiguan las casas vetustas y los recodos irregulares formando plazas— habían sucedido otras cosas. Antes.

Se infiere que la Historia.

Pero la Historia estaba bien resguardada gracias a la autopista, los polideportivos y el cementerio. La Historia estaba callada

y los ángeles que ya no mirarían atrás —nuestros abuelos— también vivían en barrios periféricos. Una vez a la semana venían a buscarnos al colegio a Emma y a mí. Nos traían toneladas de cacahuetes y nos pedían —curiosa demanda— que les dijésemos «algo» en inglés.

El inglés es la lengua de la Ahistoria.

Y ellos, ángeles del otro Tiempo, observaban nuestra pericia con los monosílabos onomatopéyicos como una cualidad natural y no como lo que era, una prueba del entrenamiento al que estábamos siendo sometidas.

Los ángeles —Tomás y Teresa, abuelos maternos— ya habían renunciado a cualquier tipo de reino en este mundo. Y el hecho de que en esa nueva zona de No-Historia se hablara otra lengua justificaba de algún modo el hecho de que nadie quisiera escucharlos a ellos, a los ángeles que, como bien se sabe, siempre pueden ser terribles.

Y eso que ellos, sin duda, tenían buenas historias en los bolsillos. Historias de días enteros sin televisión, por ejemplo. Sin radio. Sin autopistas. Sin comida, también.

Pero la ficción de nuestra inmortalidad y de que todo eso siempre había estado allí era tan potente, tan paulatina, tan efectiva, que todo intento de épica quedaba reducido al momento a anécdota de un lugar extraño, la Historia, y un tiempo superado donde todo había sido —es imposible imaginarlo de otro modo— en blanco y negro.

Mi hermana Emma nació exactamente el mismo día en que el famoso escritor barcelonés conocido por sus prácticas satánicas terminaba su primera novela en la ciudad de París: *La asesina ilustrada*.

Este hecho no me parece casual, aunque sólo puede explicarse en términos de casualidad.

En esos tiempos en los que se apuntalaba a nuestro alrededor el parque temático de la Normalidad —una normalidad, por otro lado, totalmente inaudita y bizarra consistente en repartir el tiempo entre la alimentación, el descanso, el trabajo o el colegio, y, sobre todo, en ir a comprar y ver la televisión—, existían otros lugares simultáneos a nuestra norma, donde había gente escribiendo libros, por ejemplo. Como buena normalidad inventada y validada por una inmensa mayoría, consistía en aventar la máquina del hábito en virtud de la obtención de un sentimiento de tiempo detenido. La abolición de la incertidumbre y el prurito de cumplir una misión: la sucesión idéntica de los años sobre el esquema temporal marcado por los cursos y las vacaciones consecutivas.

Pero esta historia, la historia de Emma, mi historia, viene a organizarse sobre el pliegue que todo sistema presuntamente ordenado presenta.

Es una historia de huecos, de grietas por las que escapar, de agujeros.

Si simultáneamente a nuestro Notiempo Satán escribía libros, eso significa que la Ahistoria tenía fallas. Que había corredores de comunicación entre el mundo paralizado de las aceras sucesivas y la Historia.

El proyecto tenía flecos y nosotras, no sé si aleatoriamente o en virtud de una probabilidad calculada también por la misma máquina, éramos dos de ellos y además, tampoco sé si fortuitamente o no, compartíamos la misma familia.

Emma sostiene que yo le hice señales para aterrizar aquí. Pero yo no quiero perder el tiempo discutiendo sobre lo improbable, si bien toda creencia que mi hermana defiende tiene para mí un enorme interés.

Que yo sea hermana de mi hermana y que ambas seamos hijas de nuestros padres es un hecho incontrovertible y que ignoro si forma parte de un plan trazado por alguien. Lo que es claro es que responde a un tipo de lógica.

Teníamos que nacer aquí y ayudarnos a encontrar el pliegue que nos sacara de la Ahistoria. Que nos devolviera al devenir, a lo informe, a la posibilidad de lo casual y lo porquesí.

Naceríamos entonces cuando halláramos el modo de cruzar definitivamente la autopista. Fingiríamos —como hizo Huckleberry— un asesinato, si era preciso. Había que abandonar la Ahistoria.

—Es fácil, coged el autobús. Os lleva al Centro.

No, no era tan fácil. Porque cuando uno se ha criado en un refugio al margen de la Historia, es tremendamente ignorante y no tiene absolutamente ninguna propuesta que hacerle al mundo.

Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se cumplía. El proyecto existía y el proyecto se había cumplido.

Éramos seres totalmente equipados y, por lo demás, adiestrados en la comodidad, en parar nuestros relojes. Al igual que la incomodidad fomenta la inmediatez para ponerse en marcha con el fin de acabar con lo incómodo, nosotros vivíamos en el compás de espera de lo seguro, midiendo los años en períodos que iban de septiembre a julio. Este esquema planteaba escasas preguntas sobre nuestras vidas.

Nuestro campo de acción era poco, constreñido entre autobuses y casas paisaje.

Pero tenía que haber grietas.

Sólo a través de la música y los libros descubrimos Emma y yo el agujero por el que antes o después habríamos de deslizarnos.

Por ser yo la hermana mayor y, según Emma, la que me había encargado de atraerla a este mundo, he tenido siempre que ejercer el proverbial papel de dirigente, de alpinista aventajada que abre nuevas vías para cruzar los puentes y así permite que Emma se pierda despreocupadamente a intervalos irregulares para admirar el paisaje.

Pero yo esperaba a que Emma supiera también cuándo debíamos deslizarnos y caer al otro lado. Ya empezaba a cansarme de estar allí sentada con mi hermana a orillas de la autopista sin tener nada que hacer, así que cuando pasó el siguiente autobús con prisa, no me lo pensé. Me fijé en la foto de la publicidad lateral: unos conejitos blancos en fila anunciaban algo. Me monté. Emma ni se percató, lleva siglos leyendo ese libro sin ilustraciones que nunca comprenderé cómo puede engancharla. Pero yo lo hice.

Emma, contra todo pronóstico, se subió en el último momento.

Llegamos al Centro mientras Emma terminaba su libro: «Recuerdo que comenzó a llover y que esto dispersó un poco aquel grupo de gente y que entonces, alejada de ellos, alejada de su impertinente murmullo, y de aquel estupor que se reflejaba en todos sus comentarios, recobré la lucidez, seguí andando, ahora muy alejada de ellos, dominada por una morbosa curiosidad y riéndome a solas bajo la lluvia, prometiéndome a mí misma que, aunque sólo fuera para satisfacer mi curiosidad, y también mi vanidad, pasara lo que pasara, *La asesina ilustrada* seguiría, durante un tiempo, circulando».

Al otro lado del agujero empezó, por fin, la otra Historia.

Sólo porque está muerto, somos capaces de leer el pasado.

ENRIQUE VILA-MATAS, *Historia abreviada de la literatura portátil*